



Queridos hermanos y hermanas de esta Iglesia de Plasencia

En primer lugar, un afectuoso y fraternal saludo a todos y a cada uno de vosotros.

Al margen de los comunicados enviados en su día, no quería dejar pasar más tiempo para dirigiros unas palabras en estos momentos duros para nuestra diócesis y, sin duda, para todos vosotros.

La detención de nuestro hermano sacerdote Alfonso y todas las circunstancias que rodean el caso son, ciertamente, dolorosas. Me duele y duele el sufrimiento y escándalo que los hechos descritos suponen; duele el sufrimiento y las lágrimas de nuestro hermano y de su familia; el dolor y consternación de su comunidad parroquial y, con ella, de toda nuestra Iglesia diocesana. Lo sucedido, estoy convencido, no es fruto de la maldad, sino consecuencia, entre otros factores, de nuestra humana fragilidad. Ruego que no ejerzamos de jueces, sino de médicos dispuestos a sanar y a cuidar.

Es momento de orar unos por otros, de orar por nuestro hermano, al que no podemos dejar de lado (¡es nuestro hermano!), y de fortalecer nuestra fraternidad eclesial. No olvidemos que lo que nos define definitivamente no son nuestros hechos, sino la mirada misericordiosa de Dios que perdona, restaura, levanta y sana.

Es cierto que son muchas las heridas a sanar y reparar. Las medidas adoptadas, y que ya son públicas, apuntan en esta dirección. Como ya se ha informado, he considerado conveniente, en este momento, apartarle temporalmente del ejercicio público del ministerio y de su oficio de párroco mientras duren las acciones procesales que correspondan.

Durante todo este tiempo, se designará para su parroquia de San Sebastián, de Don Benito, un Administrador parroquial. Estamos ante una comunidad, que va a necesitar especial atención. Oremos por ella. A su vez, se procurará a D. Alfonso el seguimiento y acompañamiento psicológico y espiritual pertinente.

Ante todos vosotros quiero manifestar mi aprecio y confianza en vuestros sacerdotes (queredlos y cuidadlos, por favor; os necesitan), como en todos los consagrados y seglares de nuestra Iglesia de Plasencia, y mandaros una palabra de aliento, consuelo y esperanza.

Hay mucho amor derramado en nuestra Iglesia diocesana. Es cierto que llevamos un tesoro en vasijas de barro y no deja de ser un misterio

desconcertante el que Dios se quiera servir de manos que puedan mancharse, las nuestras, las mías; pero Él nos dice, también ahora, en este momento duro: «no temas, te basta mi gracia». Y nosotros sabemos de quién nos hemos fiado.

A la sazón, lo sucedido debe interpelarnos. Nos exhorta a cuidar unos de otros, orar unos por otros...

Rezo por todos y cada uno de vosotros, por nuestra diócesis. Rezad, también, por favor, por mí. Estamos unidos en la oración y en la misión. Que el Señor nos bendiga y nuestra Madre y nuestros santos hermanos patronos nos cuiden.

Un abrazo grande

Con mi afecto y bendición

+Ernesto

Obispo de Plasencia